

Pentecostés A514—marzo 15, 2015
Salmos 107:1-3, 17-22
Números 21:4-9
Efesios 2:1-10
Juan 3:14-21
¡Sólo Gracia!

“En un día soleado de septiembre...un hombre vestido sencillamente estaba parado en una calle ocupada en Chicago. Mientras la gente caminaba apurada a almorzar o trabajar, solemnemente levantaba su brazo y, apuntando a la persona más cercana a él, entonaba a gritos una sola palabra, ‘¡CULPABLE!’

“Después se cerraba en otra persona...y otra vez, levantaba su brazo, apuntaba y pronunciaba solemnemente...’¡CULPABLE!’

“El efecto...era extraordinario...desconocidos que pasaban lo miraban fijamente, vacilaban, desviaban la mirada, miraban a los demás, y otra vez a él, después continuaban en su camino rápidamente.”

Con eso, el psiquiatra Karl Menninger comenzó su libro provocativo, ¿Qué se hizo del pecado? “Un hombre,” escribe Menninger, “se dirigió a otro...y exclamó: ‘Cómo sabe?’”

¿Culpables?! ¿Todos culpables? ¿Culpables de qué? ¿Culpables de hacer doble estacionamiento? ¿De mentir? ¿De ser arrogantes? ¿Culpables de robar clips de papel? ¿Culpables de tomar mucho y lastimar a los que nos aman? ¿Culpables de guardar rencores, rehusándose a olvidar los dolores pasados? ¿Culpables de ser infieles al cónyuge? ¿Culpables de pensamientos y planes malos?

Sí, ¡culpables! Y así es como Pablo comienza nuestra lectura de la epístola.

“No hace mucho tiempo,” dice Pablo, “estábamos muertos—cautivos a este mundo que no sabe lo primero de la vida. Llenamos nuestros pulmones con promesas contaminadas de esta era y después exhalamos egoísmo y codicia. Y, nos mató—nos sacó la vida de nosotros. Es una maravilla que Dios no se alejó.”

“Pero Dios,” aquí Pablo dice lo que en realidad quiere decir, *“que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, nos dio vida. Aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, Él nos resucitó.”* Y luego, la patada, *“Por gracia hemos sido salvados—¡por gracia!”*

En el fondo, el evangelio es un cuento de rescate—y, dice Pablo, “Es por gracia.” Es un regalo—no ganado, no por derecho—sencillamente, y completamente, un regalo.

Es una palabra maravillosa, ¿no? *Gracia*. Una palabra de misericordia y mansedumbre y paz. Pero una palabra extraña para uno que escribió a los Corintios: *“De los judíos he recibido cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio. En camino muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de la ciudad, peligros en el mar, peligros entre falsos*

hermanos. En trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.”

Pablo parecía siempre estar enfermo. Habla de una *“espinas en la carne”* que Dios le dio, dice, *“para que no sea demasiado orgulloso.”* Nos preguntamos—¿epilepsia, tuberculosis, disentería? No hay manera de saber por seguro. Pero es asombroso que pudo movilizarse.

Y bien que se movía: Antioquia, Galacia, Corinto, Éfeso, Filipos, Tesalónica, Colosas—con viajes a Jerusalén, Chipre, Creta, Malta, Atenas, Siracusa, y Roma. Casi no habían ciudades mediterráneas no visitadas por él—y no iba como turista. A todos los que le escuchaban, predicaba el evangelio de un carpintero judío arrestado por sedición y ejecutados, después levantado como Señor.

Y a todos los lugares que iba, levantaba iglesias. Y, después, les mandaba cartas. Les aconsejaba, se quejaba, consolaba, inspiraba, animaba y exhortaba. Decía lo que pensaba. Desnudaba su alma. Fuera lo que fuera, él tenía algo que decir sobre ello.

Pero no todos entendían a Pablo—ciertamente no las autoridades religiosas que lo arrastraron a la corte o le golpearon o le correataron fuera de la ciudad. Ciertamente no los Atenenses arrogantes, quienes se reían de él por creer que un hombre había resucitado de los muertos.

Pero lo que dolió más fue la hostilidad que venía de sus hermanos, sus compañeros predicadores. En 2^{da} de Corintios él los cita, hablando sobre él: *“Si, escribe cartas poderosas, pero cuando está contigo, sólo vez medio hombre y ningún predicador.”* Y, Pablo no se pone en desacuerdo. Al fin y al cabo, él tenía cicatrices pesadas, y como dije, era enfermizo. Y no había mucho que ver en él. Uno que decía haberle conocido, describió a Pablo como: *“Calvo, patizambo, chaparro, con una sola ceja, y una nariz grande.”*

Había sido encarcelado más veces de lo que recordaba. De hecho, vivió sus últimos días en la cárcel, finalmente para ser llevado tres millas fuera de Roma, y con la caída de la espada del ejecutor, a morir.

Todo comenzó años antes cuando Pablo era el líder de una escuadra de matones fariseos en camino a Damasco a capturar a los Cristianos problemáticos y traerlos a la justicia.

Pablo era un hombre que se tomaba en cuenta. Y, si las descripciones físicas dan pista a su ego, estaba dispuesto a mostrar que él era más de lo que parecía ser. De esta manera, apenas habiendo incitado la multitud de Jerusalén a apedrear al creyente, Esteban, Pablo continuó a Damasco con poder embriagador.

Y, después, sucedió. Como Lucas lo cuenta en Hechos, era como mediodía cuando Pablo fue derribado por un rayo de luz, y de la luz vino una voz llamándole por su nombre Hebreo. *“Saúl,”* decía, *“Por qué me persigues?”* Y, cuando Pablo preguntó quién era, a su pesar escuchó, *“Jesús de Nazaret.”*

No sabemos cuanto tiempo estuvo acostado ahí, pero tenía que sentirse como una eternidad, esperando que cayera el martillo. Pero nunca sucedió. *“Esas personas en Damasco,”* dijo Jesús, *“no pelees con ellos. Únete a ellos.”*

Y esa fue la primera vez que Pablo lo sintió—sintió gracia. Y nunca fue el mismo. Siempre estaba asombrado que en nuestros momentos peores, Dios sólo nos ama. En asombro Pablo escribe a los Romanos: *“en que cuando nosotros todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros...éramos enemigos de Dios, pero Él nos hizo sus amigos.”*

Años antes de que Pablo comenzara a escribir, *“Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su hijo primogénito...”* Pablo escribió a los Efesios que, *“Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados.”* Y luego lo lleva a la cima diciendo: *“Por gracia hemos sido salvos.”*

Gracia era la palabra clave de Pablo. Sabe, Pablo nunca describe su momento en la Calle Damasco en tecnicolor en pantalla amplia como lo hizo Lucas en Hechos. Lo que dice Pablo es simplemente: *“Soy como uno nacido fuera de tiempo.”* Soy como uno nacido tarde, un nacimiento inesperado, uno que nunca te lo hubieras imaginado—excepto por la insondable e inagotable gracia de Dios.

Cuando todo esta dicho y hecho, Pablo simplemente dice—la salvación es un regalo, sólo por gracia, para todos, un regalo.

Es como el tipo de Nueva York haciendo un viaje de negocio por el sur. Parando para el desayuno, ordena café, panes, huevos y chorizo. Pero cuando viene su orden, apunta a una gota blanca en su plato. “¿Qué es esto?” le pregunta a la mesera. “Son granos molidos.” “Pero no ordené granos molidos.” La mesera le mira como si fuera de Marte. “Cariño,” le dice, “no ordenas granos molidos, siempre vienen con el platillo.”

La gracia es como los granos molidos—siempre vienen.

Un tiempo atrás Jenny me leía del *Siglo Cristiano* sobre una encuesta del Foro Pew en Religión y la Vida Pública que encontró que la mayoría de estadounidenses piensan que muchas religiones llevan a la salvación. “Yo no creo en eso,” dije. “¿No?” dijo Jenny. “No,” dije, “No creo que ninguna religión lleva a la salvación, incluyendo el Cristianismo. Todo es por gracia—un regalo—para mi y para todos los demás en este planeta.” Tengo que admitir que no es un pensamiento original de mi—lo obtuve de Pablo. Cómo lo dice él—*“Por gracia han sido salvos.”*

Leer las cartas de Pablo es leer sobre un hombre viviendo en la alegría de saber que por medio de la gracia es aceptado tal como es. Dejo caer el cadáver secado de un pasado sofocante: *“He sido crucificado con Cristo,”* escribe a los de Gálatas. Todo el odio, y el auto odio, todo eso estaba en el pasado, muerto—tanto que *“ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí.”*

Oh, habían otros tiempos. A veces la depresión era tan grande que apenas podía mover su lápiz en la hoja. “*No entiendo lo que me pasa,*” confesó a los Romanos. “*No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco...aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo...esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo...¿quién me libraré de este cuerpo mortal?*”

¿Que no puede ver a Pablo sentado en la cárcel dirigiendo su terrible pregunta al yeso que se pelaba de las paredes de su celda? Pero, después el poder del evangelio comienza a trabajar la gracia y él rasguña la respuesta: “*Por medio de Jesucristo nuestro Señor.*” (Rom. 7:15-25). Se pone en marcha de nuevo y en la página siguiente regresa con calma con una nueva pregunta: “*¿Quién nos apartará del amor de Cristo? La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro o la violencia?*”

Con esto Pablo comienza a ver su vida pasar ante él—todas las cicatrices, enfermedades y sufrimiento, todo el peligro y aflicción. “*¡No!*” escribe, “*En todo esto somos más que vencedores por medio de aquél que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.*”

Los altibajos. Los viajes interminables mientras sufría de la violencia y fiebre y disentería. Conservando un paso adelantado ante las autoridades. Dando su rollo en las esquinas de las calles con nadie que le escuchara. ¿De qué servía todo? ¿Qué iba hacer Dios?

Pues, Dios está haciendo un cuerpo para Cristo, dijo Pablo. Cristo ya no tiene un cuerpo regular por lo tanto Dios lo está creando de cualquiera que parezca que pueda tomar parte.

Y eso fue lo que pasó. Dios estaba usando las manos de otros para ser las manos de Cristo y los pies de otros para ser los pies de Cristo, y cuando se necesitaba a Cristo en un lugar rápidamente, cuando se necesitaba que alguien ayudara, Dios puso el dedo en una persona presente para que él o ella fuera a ser Cristo en ese lugar.

Y poco a poco, nacimiento fuera de tiempo a nacimiento fuera de tiempo, gracia a gracia a gracia, vida cambiada a vida cambiada—el cuerpo de Dios creció. Dios estaba creando una iglesia—un pueblo que le decía a cualquiera y a quien fuera que conocía: “*Si lo sabes, ¿cierto?, todo es por gracia.*”

Amen.